

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR
SEDE ECUADOR
COMITÉ DE INVESTIGACIONES

INFORME DE INVESTIGACIÓN

El onomástico “Quito”.
Etimología y significado histórico-cultural

INVESTIGADOR RESPONSABLE

Manuel Espinosa Apolo

Quito – Ecuador
2019



Resumen (abstract)

El Onomástico “Quito” ha sido objeto de un pertinaz desciframiento por parte algunos historiadores profesionales y aficionados del s. XX, quienes crearon un procedimiento arbitrario conocido como método etimológico, el cual paradójicamente no tomó en cuenta los principios básicos de la lingüística. Recurriendo a un enfoque interdisciplinario, es factible, establecer el origen lingüístico del mismo, el significado que entraña y las motivaciones semánticas de quienes lo utilizaron para denominar a un lugar de especial relevancia en la Hoya del Guayllabamba.

El onomástico “Quito” es una palabra quechuamara de probable origen puquina que designa a una especie de tórtola en particular, la misma que poseyó un gran significado en la cosmovisión andina y en la religión incaica en particular al estar estrechamente vinculada con el culto heliolátrico.

Palabras claves

Método etimológico, quechuamara, puquina, tórtola, curiquingue, culto heliolátrico.

Datos del autor

MANUEL ESPINOSA APOLO (Loja 1964) Docente de la Universidad Central, Facultad de Comunicación, Catedra de Historia de las Civilizaciones e Historia del Ecuador. Estudios de sociología, Estudios de la Cultura e Historia Andina. Autor de obras como: “Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad cultural” o “El Cholerío y la gente decente. Estrategias de mestizaje y blanqueamiento en Quito”, premio de historia José Mejía Lequerica, 2013, entre otros.

Contenido

INTRODUCCIÓN.....	4
CAP. 1.....	5
EL TOPÓNIMO “QUITO” COMO TÉRMINO QUECHUAMARA DE PROBABLE ORIGEN PUQUINA Y SU EXTENSIÓN EN EL MUNDO ANDINO	5
1.1. Breve historia del desciframiento del topónimo Quito según el método etimológico	5
1.2. El onomástico “Quito” según la lingüística histórica.....	11
1.3. “Quito” como designación netamente inca.	14
CAP. 2.....	18
SIGNIFICADO Y CONNOTACIONES DEL ONOMÁSTICO “QUITO”.....	18
2.1. El onomástico y su relación con un ave andina.	18
2.2. El culto a las aves en el Mundo Andino y la cultura inca	20
2.3. El ave quito, el agua, la fertilidad y el culto solar.....	23
Conclusiones.....	28
BIBLIOGRAFIA	29
ANEXO 1.....	33
ANEXO 2.....	35

INTRODUCCIÓN

La presente investigación constituye un esfuerzo por desentrañar el significado, las connotaciones y la motivación semántica de quienes escogieron la palabra “quito” para designar a un lugar de especial significado histórico en los andes equinocciales. Para alcanzar tal cometido ha sido necesario iniciar con un análisis crítico de los esfuerzos interpretativos realizados por los más representativos etimólogos de nuestro país en el s. XX. De esta manera, hemos ubicado los sesgos y las limitaciones de tales empeños que lamentablemente han impedido una aproximación a la realidad lingüística y antropológica que encierra dicha término.

Para cumplir con los propósitos señalados, hemos requerido el apoyo de la lingüística histórica y la etnobiología, a más de la etnohistoria en la que se inscribe el presente trabajo. De esta manera hemos confrontado los aportes del prestigioso lingüista Rodolfo Cerrón Palomino y la interpretación de la antropología andina sobre ciertas ceremoniales, rituales y símbolos referidos a las aves, presentes de manera recurrente de las sociedades andinas del pasado. Dicha labor nos ha exigido volver a revisar ciertas fuentes de inigualable valor como ciertas Relaciones Geográficas de Indias referidas a Quito, los primeros vocabularios de la lengua quechua y aimara o las crónicas de Cristóbal Molina, el Inca Garcilaso y del Padre Juan de Velasco, así como los estudios pioneros de Frank Salomon acerca de Quito y su entorno. Por último, hemos tenido que indagar sobre la permanencia de ciertas creencias en los descendientes de los pueblos ancestrales de la meseta de Quito, a través de una entrevista realizada a una persona directamente relacionada con ellas.

Esperamos que la presente investigación contribuya no solo a una nueva forma de descifrar etimologías referidas a onomásticos claves como es el de Quito, sino que también aporte con comprensiones novedosas al esclarecimiento del pasado remoto de nuestra ciudad.

CAP. 1.

EL TOPÓNIMO “QUITO” COMO TÉRMINO QUECHUAMARA DE PROBABLE ORIGEN PUQUINA Y SU EXTENSIÓN EN EL MUNDO ANDINO

1.1 Breve historia del desciframiento del topónimo Quito según el método etimológico

En el s. XX el deseo por descifrar el significado del término “Quito” se tornó impetuoso, tanto en los historiadores ecuatorianos de oficio como en los aficionados. Todos ellos pusieron en práctica una forma de proceder que se conoce como método etimológico, el mismo que se inició con Buchwal en 1921 para continuar en 1937 con Grijalva y entre 1940-41 cobrar nuevo impulso con Jijón y Caamaño y Paz Y Miño. En la década de 1960 Pérez insistirá en este procedimiento como lo harán más tarde, en la década de 1970, los esposos Costales. Esta forma de operar que continúa aplicándose hasta la actualidad por los seguidores de los mencionados exégetas, pretendió y pretende encontrar en el topónimo “quito” raíces de lenguas locales extintas, echando mano de la manipulación y la arbitrariedad.

En efecto, dicho método como bien anota Salomon (1998: 55) partía de inventarios de nombres recopilados en las “provincias” o “territorios” tribales. Luego las palabras eran descompuestas o desmembradas arbitrariamente en supuestas palabras o afijos componentes. Enseguida a cada “palabra” se la asociaba al idioma o idiomas que al investigador le parecía más plausible, procediendo a su traducción. Dicho en otras palabras y como advierte Cerrón Palomino (2013: 22) la identificación formal de los afijos se hacía mediante cortes y segmentaciones injustificadas y asociaciones semánticas antojadizas.

Operando de esta manera, las limitaciones de este método pueden sintetizarse en los siguientes aspectos, según ha destacado Salomón (Ibíd.: 55):

- Utilizar como base de evidencia una mescolanza de datos recopilados sin sujeción a un control cronológico y ortográfico.
- No tomar en cuenta los problemas estadísticos de representatividad, ni ofrecer pruebas de probabilidad que confirmen las supuestas tendencias estadísticas.
- No considerar los problemas de interferencia lingüística inherentes a los registros levantados por los escribanos coloniales.

- No utilizar métodos lingüísticamente coherentes para separar los nombres a nivel de palabra, como morfema o fonema.
- Clara arbitrariedad en la atribución de determinados elementos a diversos idiomas.

En consecuencia, el resultado no fue otro que etimologías absurdas y gratuitas. Ilustremos esta forma de proceder, empezando con las investigaciones realizadas por Jacinto Jijón y Caamaño en su libro publicado en 1941: *El Ecuador Interandino y Occidental antes de la conquista castellana*.

Continuando con el trabajo que realizara Buchwal en la década de 1920, Jijón (1940: 235-239) sustentó su esfuerzo etimológico haciendo referencia a los catequesis que el Sínodo Quítense de 1593 ordenó elaborar. En dicha disposición, que mencionaba a las diversas lenguas locales de la región interandina del actual Ecuador, se saltaba del idioma de los puruháes a la de los pastos. Jijón consideró que el Sínodo actuó así porque antes ya se habían confeccionados catequesis en las lenguas que correspondería a los pueblos ubicados entre las provincias actuales de Chimborazo y Carchi, ya que, según la información de las *Relaciones Geográficas de Indias*, no cabe duda de que las poblaciones de Imbabura (al sur del Chota y al norte de Quito) tenían su propia lengua a la vez que hablaba la general de Inca. Para sostener este postulado Jijón esgrimió el testimonio de Antonio de Borja quien en su Relación destacó que:

Los demás indios que hay en Chapi [población ubicada al oriente de Pimampiro] – los no son de los montañeses [es decir los ubicados al occidente] hablan la lengua como deste pueblo de Pimampiro, ques legua esquesita, ques la de Otavalo y Carangue y Cayambe y los demás pueblos deste comarca¹.

Pero además teniendo en cuenta la información del cronista Cieza de León que había advertido que la lengua de los panzaleos era otra que la de los de Carangue y Otavalo, Jijón dedujo que desde el Chota al norte hasta Quinche, Yaruquí, Pifo, Puenbo y Tumbaco, por el Este y, Pomasqui por el oeste, se hablaba una lengua que él denominó “caranqui”. Según menciona el mismo Jijón, Rivet y Otto Von Buchwald, habrían señalado que dicha lengua estaría emparentada con el idioma de los indios colorados y cayapas, es decir, formarían parte del subgrupo barbacoa, de la familia Chibcha.

¹ Citado por Jacinto Jijón y Caamaño, *El Ecuador Interandino y Occidental antes de la conquista castellana*, T. I (Quito: Editorial Ecuatoriana, 1941), 237.

Jijón (Ibíd. 269) consideró que la raíz “ki”, que se repite en el territorio que ocuparían los “caranqui”, no debe traducirse como “pueblo”, en tanto derivación del sufijo pasto “ker” que significa pueblo o caserío, porque en Imbabura no se ha encontrado ninguna evidencia que se asemeje a un centro urbano como si es evidente en el territorio pasto². Por esta razón, Jijón propuso que el sufijo o palabra “ki” tenía que hacer referencia a un grupo familiar como el “ayllu” quechua. En definitiva tendría una connotación de grupo parental asentado en un espacio o lugar en particular.

No obstante, los topónimos recogidos por Jijón, como años antes los había hecho Grijalva en su trabajo *Cuestiones previas al estudio filológico-etnográfico de las provincias de Imbabura y Carchi* de 1937 y vuelto a editar por el Banco Central del Ecuador en 1988, hay una preponderancia de la raíz “qui” como sufijo antes que como prefijo. En segundo lugar, el mismo Grijalva en dicho trabajo (1988: 246-250) reconoce que la supuesta raíz está presente en diversos idiomas americanos y especialmente en Perú y Bolivia, por lo que concluye que no es originario del antiguo idioma esmeraldeño vinculado con lo que él denomina “el idioma imbabureño”. Es decir, que no pertenecería a una lengua local sino regional del Mundo Andino.

No obstante, la conclusión de Grijalva, Jijón lo presentó como propio de una lengua local, la llamada “caranqui”. Si bien nunca indicó de manera expresa que esta raíz estaba presente en la palabra “Quito”, tampoco la descartó, insinuándolo solamente. De ahí que muchos de los etimologistas posteriores se inspiraron en sus postulados para descifrar la etimología del vocablo.

De esta forma, el aristócrata quiteño dio origen a toda una tendencia en el desciframiento del significado de dicho topónimo, que se basa en el supuesto carácter nativo. Esta tendencia pretende minimizar la incidencia del quechua en el actual territorio del Ecuador, en tanto, los historiadores nacionalistas lo consideran un idioma extranjero, a pesar que la lingüística histórica ha probado que desde mucho antes de los incas fue una lengua regional, es decir, extendida por un vasto espacio que incluye gran parte de los actuales territorios de Perú y Ecuador.

El hecho de que Jijón hiciera pasar muchas palabras de fácil identificación quechua como términos supuestamente pertenecientes a lenguas nativas sin fundamentación alguna, lleva a pensar en una posición adversa de Jijón con respecto al quechua o quizá

² Este postulado de Jijón estaría reñido con los descubrimientos arqueológicos al norte de Quito, como son los vestigios de Cochasquí, Angochagua y los presentes en la hacienda Zuleta, evidencias de centros ceremoniales y residenciales según la arqueología

su desconocimiento, lo que resulta menos probable ya que como propietario de vastas extensiones de tierra con numerosos campesinos quichuahablantes, es muy probable que estuvo familiarizado con dicha lengua. Así por ejemplo, en su obra: *El Ecuador Interandino y Occidental antes de la conquista castellana*, topónimos como chimbo, guacho, guano, etc., no son reconocidos como quechuas. Procediendo de esta manera, Jijón (Ibíd., 387) pretendió descartar la tesis del protoquechua planteado por Juan de Velasco, quien en su *Historia del Reino de Quito* [1789] (1994: 285-287) había destacado que los caras provenientes del sur del Pacífico, habían introducido en los Andes equinocciales el quechua y la construcción de tolas piramidales, mucho antes que los incas.

Sin duda dichos postulados se construyeron al abrigo de la exacerbación nacionalista que se vivía por entonces en el país, provocada por los sucesos que llevaron a una guerra entre Ecuador y Perú en 1941 y que concluyó con el Tratado de Río De Janeiro en 1942, el mismo que ratificó las pretensiones del Estado Peruano por el absoluto control de un vasto territorio amazónico que reclamaba el Estado Ecuatoriano como herencia colonial.

Después de Jijón, los trabajos iniciados por Aquiles Pérez en la década de 1960 y los esposos Costales en la década de 1970, se esforzarían por conciliar la teoría de Velasco con la de Jijón, pero recurriendo a evidentes manipulaciones. Si para Velasco los caras tuvieron un origen común con los incas, ya que según el historiador riobambeño aquellos hablaban “un dialecto corrupto del de los incas del Perú”, a la vez que:

Su vestuario de pieles, y de tejidos de algodón, y de lana, era casi el mismo: su año solar regulado por los Solsticios, era en todo conforme a la astrología peruana, de modo que este conjunto de circunstancias, unidas con una misma religión, hizo que se reputasen estas dos naciones provenientes de un mismo origen³.

para Pérez (1960: 296), los caras tenían que proceder del norte, por la simple razón de que utilizaban balsas para la navegación, cuya madera no crece en el Perú, sino desde las costas del Ecuador hasta el Istmo de Tehuantepec en México. Curiosamente el mismo autor menciona un hallazgo arqueológico en una tumba de Ica, en donde se encontraría evidencias de una embarcación hecha de balsa. Para Pérez no se trata de una evidencia del uso de balsas por los pueblos del actual litoral del Perú, sino de una prueba de que navegantes del Norte llegaron al Perú. Pérez desconoce que si bien es cierto que la materia

³ Juan de Velasco, *Historia del Reino de Quito en la América Meridional: Historia Antigua*, T. II (Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1978), 287.

prima de la balsa es propia del entorno de la cuenca del Guayas, los pueblos del actual litoral peruano obtenían de dicho lugar la madera para construir sus plataformas navegables. De esta manera, Pérez (Ibíd.: 298) convierte a los “quitus” de Velasco en “cayapas” y a los caras, que habrían conquistado a los primeros según el clérigo riobambeño, en “colorados”. Según Pérez en uno y otro pueblo, la palabra “cara” significa alacrán o araña. Para dicho autor el topónimo “Quitú”, tal cual el nombre del rey de los “quitus” como lo anotara Velasco (1978:82, 83), procedería de las voces cayapas “qui” = población y “tu” = tierra. En cambio, el topónimo “Quito” como nombre de la ciudad, procedería del colorado, de las voces “qui” = hacer y “to” = tierra, es decir, “hacer tierra”, significado que evidencia claramente un sinsentido. Según este autor, el espacio de Quito fue fundado por los cayapas y conquistado por los colorados, estos últimos habría respetado la supuesta raíz “qui” e impuesto la terminación “to”. La deducción del autor se revela a sí misma como una conjetura peregrina.

En la década de 1970 los esposos Costales darían mayor argumentación al planteamiento de Pérez y propondrían un nuevo significado para el topónimo basándose en los mismos postulados de dicho autor. En la introducción de la *Historia Antigua de la Historia del Reino de Quito en la América Meridional* (1978:14), señalarían siguiendo a Pérez que, el nombre “Quitú” proviene del supuesto pueblo homónimo que al parecer habría estado relacionados con los actuales “cayapas”. Los Costales consideraron, sin mayor argumentación que, los “quitus” hablaban la antigua lengua de los Quijos de la Alta Amazonia, el “shillipanu y, haciendo alarde de un desconocimiento injustificable, afirman que se trata del “actual idioma cayapa”. Partiendo de dicha lengua, advierten que el nombre “Quitú”, debe traducirse como “Tierra, país, nación o geografía del centro o de la mitad”. Pues, provendría de las siguientes voces: “queetala” = mitad centro; palabra de la que insólitamente derivan el afijo “qui”. La segunda palabra sería “tu” que significa país, tierra, territorio. Más tarde los colorados a los que consideran los antiguos caras habrían ratificado la denominación de “Quitú”, para llamar así al lugar donde los incas levantaron un centro administrativo. Habrían procedido de tal manera, debido a que en su lengua, el “chaifiqui”, la palabra “quitu” posee un significado parecido a la lengua cayapa, en tanto debe traducirse como “aglomerarse la gente en la mitad”, en tanto procede de las siguientes voces: “quichá” o “quécha” que significa verdadero centro o mitad; y “to” = tierra, suelo, terreno.

Como se puede deducir de estos ejemplos que ilustran claramente al método etimológico, esta forma de proceder no toma en cuenta las nociones básicas de la

lingüística, de ahí que se proceda a seccionar las palabras de forma absolutamente arbitraria, a más de ignorar olímpicamente la fonética; pues no se tiene en cuenta que la <q> de “Quito” es velar, es decir, que corresponde a la <k>, antes que postvelar, como si son los fonemas de las palabras cayapas y coloradas que se usan como base.

El propósito fundamental de la interpretación de los Costales, es apriorística ya que parte del presupuesto de que en el topónimo “Quito” se esconde la idea de mitad, de ahí que recurriendo a malabarismos y maniobras, forzan las cosas de tal manera que proceden a descuartizar de forma arbitraria al término, para fundamentar tal significado que ha sido asumido de antemano. Por otra parte, si bien los Costales se declararon defensores acérrimos de los planteamientos de Velasco, desoyen a éste y distorsionan sus postulados. Así por ejemplo olvidan que Velasco al referirse a los “quitus”, destaca que se situaron bajo la línea ecuatorial, más no en la mitad como postulan los Costales. Amén del origen peruano que el historiador riobambeño atribuyó a los caras.

Por otra parte, la propuesta de Pérez y los esposos Costales hizo caso omiso del planteamiento de Jijón quien reconocía la presencia de una lengua vinculada a los cayapas y colorados a la que llamó “caranqui”, que llegaba en lo que respecta a la Meseta de Quito, solo hasta Pomasqui. De ahí hacia el sur, según el historiador quiteño, prevalecería otra lengua vinculada a la de los panzaleos. Este planteamiento es repetido por Paz Y Miño y de alguna forma fue corroborado por un estudio de pleno rigor científico realizado por Salomon y Grosboll (1990) a partir del análisis de onomásticos presentes en un invaluable documento colonial temprano: “La Visita y Numeración de los Pueblos del Valle de los Chillos, 1551-1559”. En aquel estudio dichos estudiosos llegaron a la conclusión de que como en efecto señalaría Jijón, en los valles aledaños a la meseta son reconocibles dos entidades lingüísticas: al norte del Ilaló habría existido una lengua vinculada a la que se hablaría en Imbabura y, otra, al Sur del Ilaló. Aunque la Visita se refiere exclusivamente a los valles de Tumbaco y Chillo, tal realidad lingüística bien pudo haber tenido su correlato en la meseta quiteña.

Por último, los estudios etnolingüísticos realizado por Salomón (1997) sobre los tsáchilas, llamados “colorados”, prueban que se trata de un pueblo surgido en la época colonial, en base a la recomposición de diversos remanes de antiguas comunidades étnicas, cultural y espacialmente próximas, como yumbos, niguas y campases. Por esta razón, dicho pueblo no pudo ser anterior a los incas.

1.2 El onomástico “Quito” según la lingüística histórica.

En un artículo publicado el año 2004 denominado: “Murua y sus etimologías toponímicas”, el prestigioso lingüista peruano Rodolfo Cerrón Palomino realizó una contribución notable al esclarecimiento del onomástico “Quito”. Partiendo de la explicación que hiciera el fraile mercedario Martín de Murúa, en su famosa Historia General del Perú en la que señala que:

El nombre de Quito refieren los indios antiguos, que le resultó por unos grandes cordeles, que el famoso Huaina Cápac hizo en ella de oro y plata, poniendo en ellos diversas leyes y estatutos, que se habían de guardar en ella y en las provincias comarcanas, y esto se llama en su lengua, quipu, y los españoles, corrompiendo el vocablo, llamáronla Quito⁴.

Cerrón-Palomino concluye en primer lugar que la palabra no es un término compuesto ya que constituye una sola voz. En segundo lugar, desestima que por efectos de corrupción la palabra *quipu* deviniera en “quito”, ante la ausencia de razones articulatorias o acústicas para sustituir el fonema <p> por <t>. Enseguida el autor se plantea la cuestión de si el vocablo estaría asociado a una lengua local o a un idioma regional. Para desarrollar este análisis recoge el planteamiento del jesuita riobambeño Juan de Velasco, cronista tardío de la historia andina. Según el escritor riobambeño el nombre “quito” se derivaría del nombre de un antiguo señor étnico anterior al arribo de los incas a los Andes equinocciales. Dado el carácter fabuladorio del padre Velasco, Cerrón-Palomino señala que la propuesta de dicho autor no puede tomarse en serio.

El lingüista peruano descubre que en el actual Perú el topónimo “quito” aparece por lo menos 8 veces a lo largo de su territorio, desde los departamentos de Amazonas hasta Puno. Esta constatación lo lleva a indagar en vocabularios pertenecientes a las lenguas de extensión macroregional del Mundo Andino: el quechua y el aimara. De esta forma, rastrea el vocablo en los primeros diccionarios de dichas lenguas. En el vocabulario del quechua elaborado por González Holguín y en el del aimara escrito por

⁴ Rodolfo Cerrón Palomino, 2004, “Murua y sus etimologías toponímicas”, *Léxis* XXVIII. 1-2 (2004): 300.

Bertonio. En estos antiguos libros, Cerrón-Palomino encuentra el término “quito” con el mismo significado: tórtola⁵.

Para corroborar esta hipótesis, al decir de Cerrón-Palomino, la documentación histórica resulta una prueba definitiva del étimo. Para ello el autor analiza algunas relaciones del s. XVI referidas a Quito como la *Relación del Lcdo. Juan de Salazar de Villasante* de 1560 o al Anónimo de la *Relación de Quito* de 1573.

En el primer documento se menciona la presencia de gran cantidad de presas de caza: “Hay muchas perdices grandes como gallinas, unas, y otras chicas; son pardas, pintadas, y no de picos ni pies colorados... hay muchas tórtolas y patos de agua y muchas garzas”⁶. El segundo documento por su parte, al describir la ciudad y sus alrededores vuelve a señalar la abundancia de “patos, garzas y otras aves”⁷. Ambas crónicas refieren además que con la carne de pequeños mamíferos como conejos y de las aves se hacía charqui (carne deshidratada), estofados y “logro” (locros) con ají, productos que se expendía en el mercado de entonces, conocido por los españoles como tiánguez.

En general, las Relaciones Geográficas de Indias destacan que en el lugar de Quito fueron frecuentes las tórtolas. Siendo así Cerrón-Palomino (2004: 301) considera que el topónimo Quito tendría que traducirse como “el lugar donde abundan las torcazas”, siendo dicho término, una voz de procedencia quechumara⁸. Sin embargo, la conclusión de Cerrón-Palomino requiere una precisión. Como aclararemos más abajo, la palabra “quito” designa a una especie de tórtola en específico, diferente a la torcaza que en Mundo Andino está asociada con la especie *Patagioenas fasciata*.

La adscripción al quechumara del onomástico “Quito” se aclara mejor si tenemos en cuenta que la primera lengua oficial de los incas fue el aimara, solo a partir del reinado de Túpac Yupanqui, el quechua pasó a constituir la lengua oficial del Tahuantinsuyo. Es probable por tanto que la palabra “quito” haya pasado del aimara a la segunda lengua. Pero si se tiene en cuenta que la lengua originaria de los incas, esto es, de la élite fundadora de dicha dinastía fue el puquina, el idioma de Tiahuanaco de donde procedía

⁵ Espinosa, M, y Rosero, P. (2018) “La tórtola kito en la cultura incásica”(inédito), Proyecto Semilla, Facultad de Comunicación Social, UCE, Quito, p. 6.

⁶ Salazar de Villasante, “Relación de la ciudad y provincia de Quito” [1570-71], en: Pilar Ponce Leiva ed. *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito*. (Quito: Marka/Abya-Yala, 1992), 85.

⁷ Anónimo [1573], “Descripción de la ciudad de San Francisco de Quito”, en: Pilar Ponce Leiva ed. *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito*. (Quito: Marka/Abya-Yala), 195.

⁸ Espinosa, M y Rosero, “La tórtola kito”..., p. 7

la dinastía de los Hijos del Sol, es muy probable que el término “quito” proceda de dicha lengua.

Las ordenanzas del virrey Toledo de los años de 1533 y 1535, le otorgan al puquina el estatuto de lengua general del Perú, junto con el quechua y el aimara (Cerrón, 2013; 59), mientras que por el Inca Garcilaso [1596] (1985: 87) conocemos que fue usada de forma exclusiva por los miembros de la realeza incaica o la corte imperial.

Por otra parte, el término “Quito” es una de las pocas palabras con menos alteración en los escritos de los españoles. Tanto los cronistas de la conquista como los tardíos siempre escribieron de idéntica manera como en la actualidad, a excepción de Xerez que escribió “Guito” lo que demuestra que el término “ha subsistido a través de los siglos, porque es, dados los elementos de que dispone la lengua castellana, la que más aproximadamente expresa la combinación de los fonemas *ki-to*”⁹.

En segundo lugar, hay que destacar que el onomástico siempre se escribió con la “o” al final y nunca con la “u”. Por tanto, debemos pensar que dicha letra se aproximaba al sonido original al que quería aludir por lo que no sería el resultado de ninguna corrupción del castellano. En el puquina el sonido que se representa con la letra “o” y cercano a la vocal posterior y sonora, fue común. Así aparece en palabras como: Manco, Roca, Corequenque, Cozco, Moray o Coaque. Por otra parte, no hay que perder de vista que el quechua no cuenta con el sonido representado por la letra “o”, el mismo que bien pudo ser incorporado por influencia de la lengua de Tiahuanaco y, posteriormente, por el castellano, pero ya en la época colonial.

En los andes equinocciales, algunos topónimos aledaños a los centros-políticos incas se revelan como puquinas. Este es el caso del área que rodea a Caranqui, el centro político-administrativo incaico más relevante al norte de la línea ecuatorial y que estuvo estrechamente relacionada con Atahualpa, ya que según la crónica de Juan de Betanzos [1551] (2010: 254), fue el lugar escogido por el inca para su coronación. Según Cerrón Palomino (2013: 45), la palabra “paya” derivado de “baya” es de origen puquina y significaría cuesta o declive. Esta palabra es muy importante en el contexto de la actual provincia de Imbabura en el cual la palabra “paya” designa a una pequeña flauta de pan, al mismo tiempo que aparece en el topónimo “Imbaya”, lo que lleva a pensar en el probable origen puquina de dichas palabras. También en dicha provincia otras palabras puquinas como “cachi” que equivale a la palabra quechua “cancha”, está presente en el

⁹ Luis Paz Y Miño, “Lenguas indígenas del Ecuador III – La Kito o Panzaleo”. Boletín de la Academia Nacional de Historia, Vol. XXI, Núm. 58 (1941): 147.

topónimo “Cotacachi”, una palabra compuesta. Solo teniendo en cuenta el origen del segundo término se podrían acceder al significado de dicho topónimo.

El puquina aparece íntimamente vinculado con los gobernantes incas y el Estado, ya que como considera Cerrón (Ibíd.: 57), basado en el Inca Garcilaso, Murúa y Cobo, dicha lengua sobreviviría, con reajustes y remodelaciones inevitables en la nomenclatura de las instituciones culturales y administrativas del incario. Los términos puquinas habrían sido reinterpretados a partir del aimara y luego del quechua. Si bien la palabra “quito” aparece en los primeros diccionarios del quechua y el aimara, bien podría tratarse de una palabra de origen puquina que paso a la variedad cuzqueña del aimara y de esta al quechua cuzqueño, contexto lingüístico en el que subsiste hasta la actualidad.

Por último, no hay que perder de vista que la forma correcta de escribir el sonido original del primer fonema del onomástico objeto de la presente investigación como indica Salomón (2011: 26), sería con el grafema “k” que corresponde a un sonido velar, mientras que la letra que se representa con el grafema “q” representa a un sonido posvelar. Los españoles usaron la “q” porque no estuvieron familiarizados con los sonidos de las lenguas andinas macroregionales. De ahí que el nombre debería escribirse “Kito” y no “Quito”.

1.3 “Quito” como designación netamente inca.

En el estudio realizado por Salomon y Grosboll (1990: 51) sobre un documento colonial inestimable: La Visita de Gaspar de San Martín y Juan Mosquera de 1559 realizada a 6 pueblos cercanos a Quito: Pingolquí, Puembo, el Ynga, Urin Chillo, Anan Chillo y Uyumbicho, identificó a 3.258 nombres aborígenes. En ninguno de ellos aparece la palabra “quito” como antropónimo. El estudio de Salomon y Grosboll (1990: 60) aclara que ningún autor de los documentos oficiales españoles reporta nombres incas que hayan sido impuestos a cualquier sujeto, por lo menos en lo que se refiere a la Hoya del Guayllabamba. Habría que pensar que lo mismo sucedió para los lugares geográficos que revestían un significado particular. En definitiva, los incas no cambiaron los nombres antiguos por nuevos. Por tanto, allí donde aparecen nombres incas, nos muestra que dichos sitios carecían de denominación antes de la llegada de los Hijos del Sol.

En la ponencia presentada por Salomon (1998:60), en el Congreso de Americanistas celebrado en Bogotá en 1985, sobre los nombres aparecidos en la mencionada Visita, el etnohistoriador norteamericano postula que el centro de la cuenca

de Quito no habría sido una “provincia” o “nación” aborígen, sino una zona fronteriza y posible teatro de conflicto entre dos grupos cultural y lingüísticamente disímiles. El uno asociado a los pueblos de la actual provincia de Imbabura y el otro vinculado al señorío Panzaleo.

Salomon (Ibíd.: 65) considera que tanto Quito como Tomebamba corresponden a un tipo de centros urbanos o urbanizaciones incas que no estuvieron relacionados con ninguna orbita “étnica”, sino que se fundaron para aprovechar la ventaja de su posición sobre vías que conectaban varias zonas productivas y territorios “étnicos”. Su función habría consistido en hacer efectiva la interdependencia (económica, dinástica) de los grupos locales mediante intercambios. Esto significa que dichos centros urbanos tuvieron un carácter más intensamente inca, aunque incorporaron instituciones aborígenes conducentes al intercambio (mercados, “mindalaes”). Por tanto, difieren de aquellas urbes que tuvieron una fuerte articulación con las sociedades no incas, como fue el caso de Jatun Cañar, Jatun Jauja, Jatun Qolla. Así lo pone en evidencia sus nombres y huellas arqueológicas.

Marín de Terán y Del Pino (2005: 259-260) en su investigación en torno al Quito prehispánico, advierten que la tesis acerca de un espacio vacío antes de la llegada de los incas, cobra cada vez más fuerza a medida que avanzan los estudios históricos y arqueológicos. En efecto las más recientes prospecciones arqueológicas evidencian la inexistencia de vestigios preincas en el centro histórico que corresponde a la ciudad histórica. Esta tesis no es nueva, en la década de 1930, específicamente en el artículo *La fecha de fundación de Quito* aparecido en la Gaceta Municipal Nro. 73, año XIX del 31 de marzo 1934, su autor Jacinto Jijón y Caamaño, fue el primero en exponerla. En dicho escrito, Jijón señaló que el único núcleo residencial significativo en la meseta, antes del incario, fue el de Chaupicruz (Hipia). Al mismo tiempo que destacó que en el lugar donde Benalcázar dio origen a la villa de San Francisco de Quito, los únicos vestigios encontrados y sometidos a análisis evidenciaron una procedencia inca.

Posteriormente F. Salomon en base a su minuciosa investigación etnohistórica en la hoya del Guayllabamba en la época precolombina, acogió la tesis del espacio vacío. La revisión pormenorizada de una significativa documentación colonial le permitió concluir que: “mientras más cerca se llega a las fuentes tempranas más evidente es la escasez de referencias firmes a grupos aborígenes no incaicos en el Quito urbano”¹⁰. Al decir de

¹⁰ Frank Salomon, *Los Señoríos en la...*, 265-266.

Salomon los incas habrían creado un centro urbano *de novo*, esto es, de nueva procedencia. Incluso bien podría caber la expresión *ex nihilo*, es decir, que levantaron una ciudad de la nada. El Quito inca por tanto no fue un sitio heredado o “un pueblo indígena refuncionalizado”. Dicho en pocas palabras, el antiguo Quito urbano corresponde a una fundación netamente inca. Los asentamientos preincas o no incas proliferaron en torno al centro político-administrativo inca, en las estribaciones del Pichincha, al norte y sur, y en los valles aledaños: Los Chillos y Tumbaco¹¹.

En conclusión, siguiendo el planteamiento de Salomon, se puede afirmar que las ciudades que levantaron los Hijos del Sol fueron por su naturaleza territorial de dos tipos: 1) dentro de un territorio étnico, sobre antiguos centros poblados y, 2) en lugares vacíos, en las fronteras interétnicas. El caso de Quito constituye un claro ejemplo del segundo caso.

Este postulado se confirma al constatar que en el actual territorio del Ecuador, no hay evidencia alguna que indique que el onomástico “Quito” haya sido utilizado antes de la llegada de los Incas. Así por ejemplo, en tanto topónimo aparece solamente 5 veces, 3 en los alrededores de Quito. El más antiguo es el de “Añaquito” (Iñaquito), registrado por los españoles en 1535 en las Actas del Cabildo de ese año y el más temprano “Quitoloma” en el cantón Cayambe de la provincia de Pichincha. El topónimo también aparece en la parroquia de San Antonio de Pichincha: “Maucaquito” entre los cerros de La Marca y Rumiloma y, como parte del complejo volcánico Pululahua, cuyos vestigios arqueológicos de esta zona corresponde a la época incásica. Si bien el término “Maucaquito” que puede traducirse como viejo Quito, da a entender que existió en ese lugar un poblado antes del Quito propiamente dicho, sin embargo en tal sitio no se han encontrado vestigios arqueológicos que confirmen tal sospecha. En este sentido, hay que concluir que dado el carácter quechuamara del término y su relación con un centro urbano inca, tal designación puede corresponder a la época incásica o colonial temprana.

Más allá de Quito, el topónimo aparece hacia el Sur, nunca hacia el Norte y, siempre en asociación con otra palabra quechua o castellana. Es el caso de Tungurahua, donde aparece con una palabra quechua ubicativa: “Quitocucho” que puede traducirse como Rincón de Quito y, en Chimborazo: “Santiago de Quito”, el nombre de la primera fundación de Quito en los alrededores de la laguna de Colta. Esto confirma el hecho de

¹¹ Espinosa, M y Rosero, P. “La tórtola kito...”, p. 2

que el término “quito” se utilizó en la época inca y después de aquella, pero nunca antes de dicho período.

El uso de la palabra “quito” como antropónimo ratifica la procedencia inca del término. Como apellido fue y es frecuente en el centro y sur de la región interandina y muy escaso en Quito y hacia el norte. Gracias a la información sobre las inscripciones de personas con dicho apellido en el país que constan en el Registro Civil, desde fines del s. XIX, unos años antes de la creación oficial de dicha institución por el régimen liberal alfarista, se puede constatar con facilidad, la extensión de dicho antropónimo.

Como se puede observar en los cuadros que se adjuntan en el anexo, la mayoría de inscripción de personas con apellido “Quito”, corresponde a las provincias de Azuay, Chimborazo, Cañar y Loja. La provincia de Azuay tiene el mayor número de inscripciones: 5258 registros de un total nacional de 13248 hasta el año de 2017, a la vez que cuenta con las inscripciones más antiguas registradas, esto es, desde 1896 (INEC, Ecuador en cifras, s. párr.). A esta provincia siguen las de Chimborazo con 1890 y Cañar con 1266 inscripciones respectivamente. Muy probable en el centro-sur de la Sierra del actual Ecuador, las inscripciones del apellido “Quito” en los libros bautismales de la época colonial deben ser frecuentes. El hecho que un líder de un importante levantamiento indígena acaecido en 1803 en el Corregimiento de Riobamba y de nombre Julián Quito lo evidencia. Por otra parte, dichas provincias configuran la zona, en que según la mayoría de investigadores, corresponde al espacio en que el proceso de incanización fue más intenso y acabado.

De estas provincias, el apellido al parecer se extendió al resto de provincias del país de las diversas regiones, debido a la migración interiorana o interprovincial. La presencia del apellido en la provincia de Pichincha es relativamente reciente, desde 1920, y se debe muy probablemente a la intensificación de los flujos migratorios desde las provincias a la capital del país, flujos que se intensificaron a fines del s. XIX y que continúan hasta la actualidad. Las 673 inscripciones de personas con tal apellido en Pichincha, desde entonces hasta la actualidad, presumiblemente correspondan a hijos de ascendientes migrantes procedentes de las provincias del Sur. Resta por demás señalar que en el Registro Civil, según la información levantada por el INEC no existe ningún apellido “Quitu” (con “u” al final), lo que demuestra una vez más que este vocablo fue el resultado de las elucubraciones de Juan de Velasco y sus seguidores en el s. XX.

CAP. 2

SIGNIFICADO Y CONNOTACIONES DEL ONOMÁSTICO “QUITO”

2.1 El onomástico y su relación con un ave andina.

La primera evidencia documental que relaciona el onomástico Quito con un ave se encuentra en la obra del clérigo y cronista español Cristóbal de Molina: *Relación de las fábulas y ritos de los incas* redactada en 1575. En su minuciosa descripción del *huarachicuy* o rito de paso al que se veían obligados los niños de la nobleza inca para ser considerados adultos, rito inherente a la fiesta del *Cápac raymi* que se celebraba en el Cuzco, Molina refiere las vestimentas especiales que portaban los muchachos en aquella ocasión y el singular tocado que llevaban en su cabeza:

Chumpicacico eran unas camisetas cortadas de lana leonada fina, con unos raspacejos de lana fina, negra, que parecía seda, de poco más de palmo y medio; unas mantas que llaman supaya colla, de lana blanca, largas y angostas, porque no tenían más de dos palmos de ancho, y largo hasta las corvas; las que las ataban al pescuezo con un nudo, y de allí salía una cuerda de lana el cabo de la cual tenía una borla colorada [...] *Las mantas leonadas y las plumas que se ponían a la cabeza, eran negras, de un pájaro que llaman quito, y así las llamaban quitotica* (sub. nuestro)¹².

La palabra “quito” aparece más tarde, esto es, a inicios del s. XVII en los primeros diccionarios de las lenguas más importantes relacionadas con el Estado Inca. Así por ejemplo, en el *Vocabulario de la Lengva General de todo el Perv llamada Lengva Quichua o del Inca*, elaborado por el jesuita Diego González de Holguín en 1608 (1993:310), el autor anota la palabra “quito” con el significado de: “paloma tórtola mediana”¹³. Posteriormente Ludovico Bertonio (1879: 299), en su diccionario de la lengua aimara de 1612, incorpora en su vocabulario la palabra “quito: tórtola. Cullcutaa, vel Ccoro cuta: Idem. Aunque se diferencia algo en las plumas”¹⁴. Por consiguiente, queda claro que el vocablo “quito”, tanto en quechua como en aimara, está relacionado con un ave, al parecer una especie de tórtola. El Mundo Andino es conocido por su megadiversidad biológica, lo que significa que existe gran variedad de aves. De ahí que

¹² Cristóbal Molina, *Relación de las fábulas y ritos de los incas*, (Lima: Imprenta y librería San Martín y Ca. [1585] (1916), 61.

¹³ Diego González de Holguín, *Vocabulario de la lengua Quichua, Tomo I*, (Quito: Corporación Editora Nacional, EBI [1608] (1993), 310.

¹⁴ Ludovico Bertonio, *Vocabulario de la lengua Aymara, parte segunda* (Leipzig: B. G. Teubner. [1612] 1879), 299.

la familia de los Colúmbidos, a las que pertenecen las tórtolas, incluye algunas especies. Siendo así cabe preguntarse por la especie en particular a la que designa nuestro término de estudio.

En los vocabularios que corresponden al dialecto del quechua que se habla en el actual territorio ecuatoriano, la palabra “quito” no consta, pero sí en los diccionarios del quechua referido a los dialectos del Cuzco, Apurímac y Puno. Es el caso del léxico elaborado por Jorge Lira en 1941 (1982: 106). En éste aparece el término *kitu* del que el autor anota: “Ave parecida a la tortolilla, de carne excelente. Abunda en las sierras muy elevadas”¹⁵. Lira relaciona a dicha ave con las tierras altas, llamados páramos en Ecuador y puna en el Perú. Si además tenemos en cuenta lo señalado por Molina: plumas negras que se utilizaban para adornar una especie de corona, podemos pensar que dichas plumas provenían de la cola del ave o correspondían a las primarias de las alas¹⁶. Unas y otras son las más largas que poseen los pájaros (ver imágenes del Anexo 2).

En las tierras altas de los Andes que rodean al Cuzco y a Quito, entre los 3300 - 4300 msnm, solo una especie de tórtola tiene plumas negras: *Metriopelia melanoptera*, conocida en inglés: *black-winged ground-dove* o paloma de alas negras. El territorio que ocupa esta especie empieza en las sierras del Ipiales en el extremo sur de Colombia y avanza hasta las tierras altas de Azuay, luego vuelve aparecer en Cajamarca y se prolonga hasta Tierra de Fuego (BirdLife International, 2018, párr. 1).

M. melanoptera posee plumas negras en el filo de sus alas y en la cola. El etnoornitólogo José Luis Venero, gracias a su amplia experiencia de campo, nos confirmó de forma personal que, el nombre común de *M. melanoptera* en la región del Cuzco, es *kito*.

En lo que respecta a los Andes equinociales, es necesario destacar que dicha especie es aún común en los páramos de las reservas del Antisana y del Cotopaxi. En el pasado probablemente debió estar presente en los páramos del Pichincha, pero debido a las profundas alteraciones que ha sufrido este hábitat hoy no se la encuentra.

¹⁵ Jorge Lira, Lira, *Diccionario Kkechuwa-Español*, Cuadernos Culturales Andinos No. 5. (Bogotá: SECAB, 1982), 106.

¹⁶ Espinosa, M y Rosero, P. (2018), “La tórtola kito...”, p. 3

2.2 El culto a las aves en el Mundo Andino y la cultura inca

En la meseta de Quito las aves tuvieron una presencia muy destacada, debido a los humedales que en forma de ciénegas al sur de la misma y de dos importantes lagunas al norte, sobresalían en dicho entorno. Las lagunas fueron célebres por dar albergue a una gran variedad y cantidad de aves, como se destaca en la Relación del Lcdo. Pedro Rodríguez de Aguayo en 1571. Ahí se lee: “Hay en este dicho campo de Añaquito una grande laguna que hizo Huayna Cápac para su recreación de caza de patos y de garzas y otras aves”¹⁷.

En el mundo andino, las aves poseyeron y poseen una evidente connotación sagrada. Este rasgo según Gutiérrez (2009: 458), procede de su facultad de volar y ascender a los cielos, propiedades inherentes a los dioses. El ave deviene así en el vehículo a través del cual la divinidad se manifiesta, una suerte de mensajera entre los dioses y los hombres.

El ave era un ser que se comunicaba con los dioses y transmitía los mensajes de las divinidades... Simboliza al mismo tiempo la tendencia ascendente del espíritu humano. Solo los chamanes y algunos espíritus de ciertos muertos elegidos podían llegar al ámbito celeste, es decir, los hombres que lograban liberar voluntariamente su espíritu durante la vida y aquellos a los que la forma de muerte o el cumplimiento moral era altamente valorado por la sociedad¹⁸.

En la época prehispánica, chamanes y espíritus fueron considerados seres superiores porque “comprendían el lenguaje de los pájaros y podían descifrar los augurios que eran los mensajes de los dioses”,¹⁹ pudiendo descifrar de esta manera lo oculto. De ahí que en la sociedad incásica los augures tuvieron un papel destacado.

En dicho entorno sociocultural, el símbolo *ornito* adquirió una gran relevancia y, en la ciudad inca de Quito, se tornó reiterativo. En efecto, asociado a este centro político residencial y ceremonial aparecen múltiples referencias a aves no depredadoras, concebidas como ofrendas: el guacamayo, el pillco o quetzal andino, el gorrión andino o pichincha y, sobre todo, la tórtola de alas negras o quito.

¹⁷ Pedro Rodríguez de Aguayo, “Descripción de la ciudad de Quito”, “en: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito*, Pilar Ponce Leiva ed. (Quito: Marka, Abya-Yala, 1992), 118.

¹⁸ Sylvia Limón y Clementine Battock, “Aves solares: el águila, el colibrí y el zopilote en Mesoamérica”, en *Animales de Dios*, López, A. y Millones, L. compiladores (Lima: Fondo Editorial de la Asamblea Nacional de Rectores, 2012), 114-115.

¹⁹ Ídem.

Solamente Burgos (2008: 22) haciendo analogía con el Cuzco, deduce que la colina de Huanacauri habría estado consagrada al halcón, a la vez que conjetura la existencia de callancas en torno a la actual plaza de Sto. Domingo, las mismas que considera debieron servir para dar albergue a los soldados incas llamados *waman* o halcones. No obstante, esta última idea no se apoya en ninguna evidencia. Limón (1999: 16-17) ha advertido que en el mundo incaico, el halcón o *waman* estaba relacionado con los cerros más altos, los antepasados y la lluvia. A los ancestros representados por dicha ave de presa se les solía pedir precisamente el agua del cielo para regar las cementeras. Si se tiene en cuenta que en un área como la meseta de Quito, el agua celestial fue un recurso no escaso, el culto al halcón probablemente haya tenido menos sentido que en los Andes secos o de puna. Aquí vislumbramos una razón de peso para que en el contexto inca quiteño, el símbolo falcónido no tenga mayor presencia, sino es en relación con las aves-ofrenda.

Volviendo a estas, Capriles y otros (1999: 16) considera que loros y guacamayos siempre fueron aves exóticas para los pobladores de las tierras altas, al ser difíciles de conseguir. En este sentido, su posesión indicaba el alto rango o prestigio de quien las tenía. Por otra parte y como advierte Gutiérrez (Ibíd., 461), por los vistosos colores que exponen estas aves y, por ser diurnas, se las vinculó con el sol. Por todas estas razones, sus plumas fueron muy estimadas, razón por la cual, en la época incásica, se las mantuvo en cautiverio para asegurar la provisión de plumas, con las cuales se construían vistosos adornos corporales como penachos y coronas que eran confeccionados por las acllas.

Es más, hallazgos realizados en ciertas tumbas permiten inferir que en el Mundo Andino, los guacamayos se sacrificaban en tanto ofrendas al sol, a la vez que acompañaban a personas de prestigio en sus tumbas. Gutiérrez (Ídem.) menciona el caso de Nazca en donde se encontraron algunos guacamayos momificados, mientras que cerca de Quito, en una tumba de Cumbayá, el cuerpo de un ave de esta especie muestra los huesos del ala izquierda fracturados, quizá con el ánimo que su espíritu no abandone al difunto.

En algunos mitos y representaciones pictóricas, loros y guacamayos se asocian con lo femenino. Es el caso del mito de origen de los cañaris y las pinturas incas en los querós. En estos vasos ceremoniales dichas aves acompañan siempre a las mujeres de la nobleza, evidenciándose una relación entre el intenso colorido de las plumas del guacamayo y la vestimenta colorida de aquellas damas.

En el incario y en la ciudad inca de Quito, se han encontrado además evidencias del culto al Quetzal Andino o Crestado *Pharomachrus antisianus* llamado en la lengua del inca “pillco”, cuyas plumas de intenso color verde estuvieron relacionadas con el maíz y la fertilidad en Mesoamérica según destaca Watson (2012, loc. 320), siendo muy probable que haya tenido igual connotación en el Mundo Andino. Por el estudio de Salomon (1997: 83), sabemos que entre las mercancías que transportaban los yumbos hacia Quito desde los bosques nublados del noroccidente del Pichincha, estaban precisamente las plumas coloridas de aves y probablemente de aves sagradas capturadas como el quetzal crestado²⁰.

En el actual Chimbacalle o parroquia de San Juan Evangelista, la documentación colonial menciona un recinto inca denominado “Pillcocancha”, el mismo que bien pudo estar asociado con esta ave y con las plumas multicolores que se usaban como ofrendas, puesto que la misma palabra “pillco” se utilizó para designar, por extensión, al plumaje multicolor de las aves exóticas que se ofrecían en ciertas ceremonias al Sol y otras deidades tutelares.

La relevancia de las aves en el Quito Inca se expresa también en los topónimos que designan a los principales accidentes geográficos relacionados con los cerros, como es el caso del gorrión andino o *Zonotrichia capensis*, cuyo nombre en quechua: *pichincha* sirvió para designar a la principal montaña del entorno quiteño, precisamente a cuyos pies se despliega la meseta de Quito. Con la influencia del castellano que impuso la tendencia a marcar el género masculino, la palabra derivó en “pichinco” o “pichincho” como se utiliza hasta hoy día en los departamentos del Cuzco y Apurímac (Venero 1998: 206), y también en el sitio de Jatunpampa en la parroquia de San José de Minas que forma parte del territorio del Distrito Metropolitano de Quito²¹. Del diccionario de González de Holguín (1993: 284) se puede establecer que la raíz “pichi” y “pichiu” designaba en la época incásica, a los pájaros pequeños.

El extirpador de idolatrías Cristóbal de Albornoz en sus instrucciones para descubrir los antiguos ídolos en lo que fuera el Tahuantinsuyo, escrito en el s. XVI (1967: 33) señala precisamente que el Pichincha fue una de las principales huacas de Quito. Esto nos permite destacar la importancia simbólica que tuvo el gorrión andino en dicha época.

²⁰ Aunque es probable que en dichas épocas la presencia del Quetzal Crestado haya sido más común en las cercanías de Quito como se piensa. Pues existen registros de presencia de dicha ave en Guápulo. Yo mismo tuve la oportunidad de observarlo y fotografiarlo en el Parque Guápulo.

²¹ Comunicación personal del biólogo Adrián Soria, 24 de mayo 2018.

En el macizo montañoso del Pichincha aparece también otro topónimo muy sugerente relacionado con el culto a las aves. Nos referimos al risco denominado Condorhuachana o el lugar donde anidan los cóndores. Este promontorio rocoso es muy visible desde la llanura de Ñaquito y dadas las características de acantilado inexpugnable, hay que pensar que fue un lugar muy propicio para los cóndores que lo utilizaron para dormir y criar sus polluelos. En este sentido, los cóndores fueron aves muy frecuentes en el entorno de la meseta quiteña y sus vuelos diarios debieron conferirle mayor sacralidad a dicho espacio geográfico.

2.3 El ave quito, el agua, la fertilidad y el culto solar

Si tenemos en cuenta la información que nos proporciona Cristóbal de Molina en su célebre Relación [1575] (1916), referida al ave quito, encontramos una estrecha relación entre este pájaro y el ave sagrada de los incas: el corequenque, conocida en Ecuador como curiwingue. Molina refiere que los muchachos que participaban en el ritual del huarichicuy portaban una corona de plumas negras en la cabeza “*de un pájaro que llaman quito*”²². Puesto que al final de dicho ritual a los jóvenes se les colocaban las insignias de la adultez como la huara, una especie de braga y, se les horadaba los lóbulos de las orejas para colocarles unos extensores de oro, es probable que el *llauto* o corona de plumas de niño se la reemplazara con la corona de adulto conformada por plumas de la cola del ave sagrada corequenque: *Phalcoboenus megalopterus* o *Phalcoboenus carunculatus*. Podemos plantear por tanto que las plumas del curiwingue se asociaban con la adultez mientras que las de la quito lo estaban con la niñez²³. Esta estrecha relación entre la tórtola quito y el ave heráldica de los incas, nos permite concluir que dicha tórtola fue considerada también un ave sagrada.

Por las investigaciones realizadas por Venero (2015: 14) en los humedales de Lucre-Huacarpay, cercanos al Cuzco, conocemos que la tórtola quito realiza un desplazamiento vertical o descenso al iniciarse la estación seca en los Andes, desde la puna que esta sobre los 4000 msnm a este humedal situado a una altitud entre 3020 a 3170 msnm. En otras palabras, esta especie de tórtola desciende de los pajonales o pisos altos donde reside a los valles en vísperas del *Inti Raymi* (solsticio de junio). Su presencia marca por tanto el arribo de un ciclo solar más, razón por la cual queda asociada a la

²² Cristóbal de Molina, *Relación de las fábulas...*, 16

²³ Espinosa, M. y Rosero, P., “La tórtola kito”..., p.12

renovación o renuevo cíclico del sol. En este comportamiento, radica básicamente su vinculación con el culto heliolátrico.

Tanto en las punas que incluyen ciénegas como en los páramos, la tórtola quito (*M. melanoptera*) coexiste con el corequenque o curiwingue. Si tenemos en cuenta la investigación de De Vries y colaboradores sobre el curiwingue (1989: 53) cabe la posibilidad que los pichones de *M. melanoptera* sean presa de dicha rapaz, ya que los pichones del lligle (*Vanellus resplendens*) y de otras aves pequeñas que anidan en los pajonales lo son. De darse esta situación, estaríamos frente a una coexistencia extraña. Por una parte, la típica relación antagónica presa/depredador y, por otra, de vecindad o relativa tolerancia.

Otro aspecto de estas dos aves nos permite esclarecer una relación estrecha con el oro y el Sol. Si tenemos en cuenta la coloración amarilla intensa de una parte del rostro del curiwingue, entre los ojos y el pico, a manera de antifaz que forma la ranfoteca, se puede comprender la relación de esta ave con el oro llamado curi en quechua, en tanto este metal fue concebido por los incas como lágrimas del Sol. La relación de esta rapaz con el oro es tan estrecha que aún en la zona del Cuzco, los campesinos quechuas suelen llamarlo también “qorisenqa” (nariz de oro), según Venero (2015: 40). En el actual Ecuador, De Vries y colaboradores (Ibíd.:66) comentan que en la provincia de El Oro, los lugareños llaman a *P. carunculatus* “veteado de oro”, dejando en evidencia un estrecho vínculo entre esta ave y el metal precioso.

Podemos decir entonces que, en el imaginario de los andinos, de ayer y hoy, el curiwingue llora oro, lo mismo que la quito. En efecto, si consideramos la coloración amarilla intensa, casi naranja, en forma de lágrima que se destaca por debajo de los ojos de esta tórtola (ver imágenes Anexo 2) y, desde el punto de vista andino, concluiremos que el ave quito también llora oro. Este rasgo fue altamente valorado por los incas, siendo una de las razones principales para que en su imaginario, *M. melanoptera*, vecina del sagrado curiwingue, se vincule directamente con el Sol²⁴.

La relación presa/depredador entre la tórtola quito y el famoso curiwingue se evidencia con mayor claridad, si tenemos en cuenta que el segundo (*P. carunculatus*) pudo ser, según considera Cerrón Palomino (2013: 72), el llamado pájaro “indi” por Sarmiento de Gamboa ([1572], 2007); símbolo del sol que portaba Manco Cápac,

²⁴ Idem.

fundador de la dinastía inca. Cerrón destaca que la palabra “inti” es de origen puquina y designa al Sol, la antigua deidad de los tiahuanacotas.

Aquí subyace por tanto la motivación semántica o la razón fundamental para que los incas escogieran la palabra “Quito” a la hora de designar a la ciudad que consideraron, al decir del Inca Garcilaso, el “asiento más agradable para el Sol”²⁵. En primer lugar, la idea de “asiento” remite al comportamiento de las aves, sobre todo las rapaces, de percharse o colocarse de forma firme en una rama, roca u otro elemento que le permita tener una visibilidad amplia del entorno. En segundo lugar, elegir el nombre del ave que constituye precisamente una de las presas favoritas de otra ave que encarnan al astro rey, tuvo un claro e intencional propósito. Muy probablemente la tórtola quito en la religión inca, constituyó una especie de ofrenda suprema para Inti, una víctima propiciatoria, cuyo destino se asumió no debía ser otro que el ser devorada por el dios Sol ¿Con que finalidad? La idea que la quito fuese considerada mensajera del renuevo cíclico, permite aclarar el misterio.

Gracias a la innovadora tesis de William Sullivan (1999) sabemos que los incas se propusieron salvar una era que ellos denominaron, según destacó el cronista indígena Felipe Guamán Poma de Ayala (1980: 26), Quinta Edad del Mundo, es decir, se propusieron evitar la muerte del sol de dicho ciclo y el advenimiento de un apocalipsis o pachacuti. En este contexto de creencias, el sacrificio de *M. melanoptera* se hizo con la finalidad de impulsar la renovación que requería el dios Sol. Por consiguiente, la tórtola quito y la ciudad que posibilitó su consagración, devinieron en elementos centrales del proyecto salvacionista por el que optaron los incas²⁶. De esta manera, la ciudad inca de Quito se construyó como un tributo simbólico al dios Sol y, por lo mismo, la estructura urbana de dicho emplazamiento, bien pudo tener la forma de dicha ave, antes que la de un puma como se ha especulado, sin esgrimir ningún tipo de evidencia. De ser así, este no sería el único caso dentro del Tahuantinsuyo en que una urbe adopta la forma de un ave. Este fue el caso también de Pisac cuya disposición urbana evidencia la imagen de la perdiz andina.

Pero además, hubo otra razón de peso para que los Hijos del Sol hayan escogido el nombre de la quito para designar a la ciudad que levantaron a los pies del Pichincha. Una tradición oral que recogió Aquiles Pérez en Cangagua, cantón Cayambe (Cit.

²⁵ Inca Garcilaso De La Vega, Comentarios Reales, T. I, (Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, [1609] 1985), 106.

²⁶ Espinosa, M. y Rosero, P. “La tórtola kito”..., p. 13

Lozano, 2008: 129), nos proporciona una pista fundamental al respecto. El relato alude a un hecho fundamental. El lugar que escogieron sus constructores fue el más adecuado, propicio y favorable con respecto a un lugar predecesor. La informante de la narración, una indígena de nombre Dolores Guaras nos ha legado uno de los más importantes mitos fundacionales de la ciudad de Quito, al referir dicha tradición a su patrón Pedro Aero, morador del anejo Pucará de la parroquia de Cangagua. El relato señala que el inca pensó fundar la ciudad de Quito en Moyobamba, una vasta hondonada situada entre los cerros Quitoloma y Pambamarca, pero desistió de tal empresa cuando la *sumfa*, nombre andino que designa el tinamú piquicurvo (*Nothoprocta curvirostris*), el único que habita en los páramos de los Andes equinocciales (Ridgely y Greenfield, 2006: 79-80), anunció con su triste canto un período de larga sequía. Ante esa situación, el inca lanzó una varilla al espacio que fue a caer y clavarse en el sitio que corresponde al Quito histórico.

Al parecer en la cosmovisión inca, la *sumfa*, nombre que parece una derivación de la planta de los páramos denominada “sunfo” *Satureja nubigena*, parte de la vegetación rastrera del páramo, se consideró ave de malos presagios, ya que su canto anunciaba ausencia de agua. El sitio que se escogido finalmente representaba una situación diametralmente diferente al lugar anterior, en tanto, garantizaba la presencia de lluvias y de agua. Teniéndose en cuenta que el sitio escogido se denominó “quito” (*M. melanoptera*) habría que concluir que el ave a la que aludía tal vocablo, representaba lo opuesto a la *sumfa*. La tórtola de alas negras aparece así relacionada con las ideas de lluvia, agua y fertilidad.

Para los incas, su canto fue tomado como buen augurio en la medida que se tornó presagio de abundante agua. En efecto, la relación quito/agua, aún tiene plena vigencia en el imaginario colectivo de los descendientes de los pueblos ancestrales del Distrito Metropolitano de Quito. En una entrevista realizada al informante Diego Cuichán, oriundo de Pintag y guardaparque de la Reserva Ecológica Antisana de la zona alta, comentó que el “lloro” de la *M. melanoptera* anuncia irremediamente la llegada de lluvias y nevadas²⁷. Las vocalizaciones de las tórtolas en general, se denominan en Ecuador “lloros” o “arrullos” (Ortiz, Carrión, 1991: 117). Según dicho guardaparque, cuando dicha tórtola “llora”, es seguro que después de algunas horas o al otro día lloverá o nevará.

²⁷ Ibid., p. 9.

Si a esto se suma la relación de la tórtola quito con el anuncio de un nuevo ciclo solar que marca el *Inti Raymi* o solsticio de junio, más su asociación con el oro, la idea de llamar a una ciudad que iba a ser consagrada al Dios Sol se justifica plenamente. Aquí radicaría la motivación semántica que tuvieron los incas para escoger tal término.

Conclusiones.

La presente investigación nos ha permitido avizorar la complejidad que supone la labor de desentrañar el significado de los onomásticos prehispánicos y la imprescindible recurrencia a la interdisciplinariedad para garantizar una labor de calidad científica. Se trata sin duda de una labor de exégesis, en la que el respaldo de la documentación histórica, vuelve viable tal labor, así como el acumulado de comprensiones proporcionado por la antropología andina.

En este sentido, hemos constatado la inviabilidad del método etimológico clásico para desentrañar el significado de este tipo de onomásticos y la necesidad de instaurar otra forma de procedimiento en la que no puede estar ausente la lingüística histórica. El método etimológico, en Ecuador fue funcional por otra parte al nacionalismo exacerbado, en la medida que se utilizó para desvirtuar el origen sureño andino y cuzqueño en particular de muchos antropónimos y topónimos que abundan en el actual territorio ecuatoriano para invisibilizar los vínculos culturales e históricos con el actual Perú.

En segundo lugar, este trabajo vuelve a poner de relieve la profunda vinculación de las sociedades andinas en general y de la incaica en particular, con su entorno natural, a través de la importancia simbólica que confirieron a la fauna y, específicamente, a las aves.

Por último, si nos atenemos a la naturaleza lingüística del onomástico “Quito”, cabe destacar que la vinculación con el sol que entraña el mismo no es estrictamente semántica como han querido mostrar los que usaron y abusaron del método etimológico asociándola con lenguas de etnias locales, sino cultural, en tanto, el ave a la que alude, tuvo para los incas una estrecha relación con el culto heliolátrico. De esta manera, hemos encontrado que la ciudad poseyó y posee un ave epónima que hemos identificado con la especie *Metriopelia melanoptera*, probablemente el símbolo más importante de la ciudad prehispánica.

BIBLIOGRAFIA

Fuentes primarias

- Albornoz, Cristóbal. [1581-87] 1967. “La instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú y sus camayos y haciendas”. *Journal de la Société des Américanistes*. Tomo 56 n°1, 7-39.
- Anónimo [1573] (1992). “Descripción de la ciudad de San Francisco de Quito”. En *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito*, editado por Pilar Ponce Leiva, 187-222. Quito: Marka/ Abya-Yala.
- Bertonio, Ludovico [1612] 1879. *Vocabulario de la lengua Aymara, parte segunda*. Leipzig: B. G. Teubner.
- Betanzos, Juan [1551] (2010). *Suma y narración de los Incas*. Edición de María del Carmen Martín Rubio. Lima: Fondo editorial de la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Garcilaso, Inca [1596] (1985). *Comentarios Reales*. Segunda edición. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- González de Holguín, Diego [1608] (1993). *Vocabulario de la lengua Quichua*, Tomo I, Quito: Corporación Editora Nacional/EBI.
- Guamán Poma de Ayala, Felipe [1614] (1980). *Nueva Coronica y Buen Gobierno*, Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Lira, Jorge [1941] 1982. *Diccionario Kkechuwa-Español*. Cuadernos Culturales Andinos No. 5. Bogotá: SECAB.
- Molina, Cristóbal. [1575] (1916). *Relación de las fábulas y ritos de los incas*. Lima: Imprenta y Librería San Martín y Ca.
- Rodríguez de Aguayo, Pedro [1571-72] (1992). “Descripción de la ciudad de Quito”. En *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito*, editado por Pilar Ponce Leiva, 117-121. Quito: Marka/ Abya-Yala.
- Salazar de Villasante, J. [1570-71] (1992) “Relación de la ciudad y provincia de Quito” En *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito*, editado por Pilar Ponce Leiva, 71-98. Quito: Marka/ Abya-Yala.
- Sarmiento de Gamboa, Pedro [1572] (2007). *Historia de los incas*. Madrid: Miraguno Ediciones.
- Velasco, Juan De [1789] (1994). *Historia del Reino de Quito en la América Meridional. Historia Natural*. T. I. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.

--- [1789](1978). *Historia del Reino de Quito en la América Meridional. Historia Antigua*. T. II. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana

Fuentes secundarias.

BirdLife International. 2018. Species factsheet: *Metriopelia melanoptera*. Accedido el 14 de sep. <http://datazone.birdlife.org/species/factsheet/black-winged-ground-dove-metriopelia-melanoptera/distribution>.

BirdLife International. 2018. Hoja de datos de la especie: *Metriopelia melanoptera*. Accedido el 15 de sep. <http://datazone.birdlife.org/species/factsheet/black-winged-ground-dove-metriopelia-melanoptera/distribution>.

Burgos Guevara, Hugo. 2008. "Recorrido por el Quito Prehispánico". En: *Quito prehispánico*, editado por el Museo Archivo de Arquitectura. Quito: MAE.

Capriles Flores, José y otros (1999). "Representación Iconográfica de Flora y Fauna en Kerus Incas". Revista de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia. Año III. N° 6, pp. 7-19.

Cerrón-Palomino, Rodolfo. (2004). "Murúa y sus etimologías toponímicas". *Lexis* XXVIII. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

---. 2013. *Las lenguas de los incas: el puquina, el aimara y el quechua*. Frankfurt: PL Academic Research.

Costales, Piedad y Alfredo. "Introducción". En: Juan de Velasco, *Historia Antigua de la Historia del Reino de Quito en la América Meiridional*, T. II. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1978.

De Vries, T, Black, J., De Solis, C., Hernández, C. 1983. *Historia natural del Curiquingue*. Quito: Ediciones de la Universidad Católica.

Espinosa, M, Rosero, P. 2018. "La tórtola kito en la cultura incásica" (inédito). Facultad de Comunicación Social, Universidad Central del Ecuador, Quito.

Grijalba, Carlos Emilio. 1998. *Cuestiones previas al estudio filológico-etnográfico de las provincias de Imbabura y Carchi*. Quito: Banco Central del Ecuador.

Gutiérrez, Andrés. 2009. *Dioses, símbolos y alimentación en los Andes*. Quito: Abya-Yala.

Jijón y Caamaño, Jacinto. 1941. *El Ecuador Interandino y Occidental antes de la conquista castellana*. Quito: Editorial Ecuatoriana.

Limón Olmera, Sylvia 1999. "Oráculos y adivinación en Los Andes, su significado político y religioso". Boletín BIRA, 26, 85-123.

- Lozano Castro, Alfredo. 2008. "Ordenación del territorio y concepción simbólica del espacio en la ciudad prehispánica de Quito". En *Quito Prehispánico*, editado por el Museo Archivo de Arquitectura. Quito: MAE.
- Sylvia Limón y Clementine Battock. 2012. "Aves solares: el águila, el colibrí y el zopilote en Mesoamérica". En *Animales de Dios*, compilado por López, A. y Millones, L. Lima: Fondo Editorial de la Asamblea Nacional de Rectores.
- Marín de Terán, L. y Pino Martínez, I. 2005. *Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad inca de Quito*. Sevilla: Centro de Estudios Quito, Juan de Andalucía.
- Paz Y Miño, Luis. 1941. "Lenguas indígenas del Ecuador III – La Kito o Panzaleo". *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Vol. XXI, Num. 58, 145-170.
- Pérez, Aquiles. 1960. *Quitus y caras*. *Llacta* No. 10. Quito: Instituto Ecuatoriano de Antropología e Historia, 1960.
- Ortiz Crespo, Fernando y Carrión, Juan Manuel. 1991. Introducción a las aves del Ecuador. Quito: FECODES.
- Salomon, F y Grosboll, S. 1990. "Nombres y gente en el Quito incaico: recuperación de un proceso histórico indocumentado a través de la antroponimia y la estadística". En: *Visita y Numeración de los pueblos del Valle de los Chillos 1551-1559*, compilado por Cristóbal Landázuri compilador. Quito: Marca/Abya Yala.
- Salomón, Frank 1997. *Los Yumbos, Niguas y Tsáchila o "Colorados" durante la colonia española*. Quito: Abya-Yala.
- . 1998. "Frontera aborígen y dualismo inca en el Ecuador prehispánico: pistas onomásticas". En *La Frontera del Estado Inca*, editado por Ton Dillehay y Patricia Netherly, 52-70. Quito: Fundación Alexander Von Humboldt/ Abya Yala.
- . 2011. *Los Señores Étnicos de Quito en la época de los incas. La economía política de los señoríos norandinos*. Segunda edición corregida. Quito: Instituto Metropolitano de Patrimonio.
- Sullivan, William. 1999. *El Secreto de los Incas*. Barcelona: Grijalbo.
- Ridgely, R. & Greenfield, P. 2006. *Aves del Ecuador*. Quito: Fundación Jocotoco.
- Venero, José Luis. 2008. *Etnornitología y guía de aves en el humedal "Lucre-Huacarpay"*. Cuzco: Editorial Moderna.
- . 2015. *Guía de macrofauna y etnornitología en "Lucre-Huacarpay"*. Cuzco: Editorial Moderna.

Watson, Peter. (2012). *La gran divergencia*. Titivilus. ePub base r1.2.

ANEXO 1

Cantidad de inscripciones del apellido Quito: provincias de la región Sierra

Provincia	Año de inicio de inscripciones	Total de inscripciones hasta 2017	Año de mayores inscripciones
Carchi	1952	6	1 hasta 2017
Imbabura	1901	461	1979 (13)
Pichincha	1920	673	1995 (24), 2008 (24)
Cotopaxi	1997	11	2015 (3)
Tungurahua	1949	74	2007 (5)
Chimborazo	1899	1890	1983 (42)
Cañar	1900	1266	1995 (27)
Azuay	1896	5258	1978 (107)
Loja	1898	856	1998 (50)

Cantidad de inscripciones del apellido Quito: provincias de la región Costa

Provincia	Año de inicio	Total de inscripciones hasta el año 2017	Año de mayores inscripciones
Esmeraldas	1963	13	1969 (2), 1985(2)
Manabí	1951	75	1988 (4), 1996 (4)
Guayas	1922	1498	1999 (46)
El Oro	1931	417	1998 (19)
Galápagos	1970	1	1970 (1)

Cantidad de inscripciones del apellido Quito: provincias de la región Oriente o Amazonía

Provincia	Año de inicio	Total de inscripciones hasta el año 2017	Año de mayores inscripciones
Sucumbíos	1981	24	1989 (2), 1993(2), 2000(2), 2011(2)
Orellana	1958	24	1981 (2), 1983(2), 1998(2), 2010 (2), 2015(2)
Napo	1975	19	1993 (2), 2004 (2), 2008(2)
Pastaza	1973	31	1995 (4)
Morona Santiago	1946	160	2005 (9)
Zamora Chinchipe	1914	121	1981 (5)

Elaborado por: Manuel Espinosa Apolo, fuente: INEC
http://aplicaciones3.ecuadorencifras.gob.ec/VDATOS2-war/paginas/vrad/nom_ape.xhtml

ANEXO 2

Plumas de cola y las alas del curiquingue (*P. carunculatus*) y la tórtola quito (*M. melanoptera*)



Tomado de:

https://birdseye.photo/photos/review/1534/carunculated_caracara

<http://www.oiseaux.net/birds/black-winged-ground-dove.html>

Vista general del curiquingue y la tórtola quito. Reserva Antisana, DMQ.



Fotografías de Manuel Espinosa Apolo

**Ranfotecas de la tórtola quito (*M. melanoptera*) y
del curiquingue/corequenue (*P. carunculatus*).**



Tomadas de:

<https://www.biolib.cz/en/image/id234396/>

<http://www.kantoborgy.com/?p=706#.W83rKGgzbIU>